

LAS MÚLTIPLES VIDAS DE SALÓNICA

LA LLAMAN **LA CIUDAD DE LOS ESPÍRITUS**. SUS FANTASMAS TIENEN VISTAS AL GOLFO TERMAICO. UNA GRECIA MÁS ALLÁ DE ATENAS

TEXTO XAVIER MORET





FOTO PETER SCHICKERT/AGE FOTOSTOCK

CUANDO SE TRATA DE ESCRIBIR sobre una ciudad griega, Atenas se lleva todos los honores. Y es que la impresionante imagen de la histórica Acrópolis, casi levitando sobre el centro de la capital, pesa mucho sobre el visitante. De la segunda ciudad de Grecia, Salónica, apenas se habla o escribe. Y, sin embargo, también tiene su encanto. Empecemos por el nombre: Salónica (*Thessaloniki* en griego), fundada el 315 a. C. por Casandro, uno de los generales de Alejandro, viene de juntar las palabras *Tesalia* y *niké*, lo que traducido significa *victoria de Tesalia*. Este, por cierto, era el nombre de la hermanastra de Alejandro y esposa de Casandro, bautizada así por su padre, Filipo II de Macedonia, a raíz de su nacimiento, que coincidió con la victoria sobre los tesalios. Más allá de este dato, Salónica ha sido protagonista a lo largo de los siglos de una fascinante historia en la que se han ido alternando en el papel de protagonistas cristianos, musulmanes y judíos, tal como relata el británico Mark Mazower en su interesante libro *La ciudad de los espíritus. Salónica, desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi* (Crítica).

La postal más famosa de Salónica es sin duda la de su paseo marítimo, con los populares cafés que se abren al golfo Termaico, la amplia plaza Aristóteles, con la estatua del filósofo y sus elegantes edificios, y la famosa Torre Blanca, un símbolo de Salónica reconvertido en atracción turística. La construyó Suleimán el Magnífico en el siglo XV, fue prisión durante muchos años y en 1826 el sultán Mahmut II ordenó en ella una matanza que provocó que se la rebautizara como Torre Roja, por el color de la sangre. Tras el final del periodo otomano (que se prolongó desde 1430 hasta 1912), se decidió pintarla de blanco para olvidar. “Muy cerca de la torre se encuentra la gigantesca →

La Torre Blanca. Un símbolo reconvertido en atracción turística. Durante años fue una prisión. La rebautizaron como Torre Roja tras una matanza. Ahora, pintada de blanco, es la sede del museo bizantino.



→ estatua de Alejandro”, me apunta Phaidon Hadjiantoniou, un arquitecto de Salónica que conoce la ciudad al detalle. “La hicieron enorme para resaltar que era el Magno, para que quedara claro. Él es el símbolo de Macedonia y de la Salónica helénica”.

A medida que uno va conociendo Salónica, se da cuenta de que esta es una ciudad palimpsesto de claro sabor oriental (véase el mercado y calles adyacentes) que tuvo un periodo romano (conquistada en el 168 a. C.) que se refleja en una elegante Rotonda que recuerda al Panteón de Roma, los restos del Ágora y el Arco de Triunfo de Galerio. Saqueada por los normandos y otros bárbaros, Salónica se incorporó al imperio bizantino, consolidándose, junto con Constantinopla, como una de las capitales de Bizan-

cio. En 1430 llegaron los otomanos, que la ocuparon durante casi cinco siglos, aunque tras la incorporación de la ciudad al reino de Grecia, en 1912, los nuevos mandatarios se esforzaron por borrar casi todo rastro de la antigua presencia turca, arrasando los minaretes de sus numerosas mezquitas.

UNO DE LOS EPISODIOS más interesantes de la historia de Salónica fue la llegada, en 1492, de 20.000 judíos expulsados de la península Ibérica. Los sefardíes dieron una nueva vida a la ciudad, aunque el incendio de 1917 destruyó buena parte del centro histórico y, como consecuencia, hoy apenas se reconoce el antiguo barrio judío.

Salónica se ha ido reinventando a lo largo de la historia, pero hoy no queda más reme-

dio que acudir a los museos para ir al rescate de la antigüedad. Los museos arqueológico y bizantino son en este sentido ejemplares, como también lo es, a pesar de sus reducidas dimensiones, el Museo Judío, que está instalado en una de las pocas casas del barrio antiguo que se salvaron del pavoroso incendio del año 1917.

Teniendo en cuenta lo que escribe Mark Mazower en *La ciudad de los espíritus*, donde apunta que un tercio de los habitantes de Salónica eran sefardíes, pregunto en recepción si hay alguien en el museo que todavía hable ladino. Me remiten a la secretaria administrativa, Erica Perahia, que hace esfuerzos por recordar la lengua de sus padres (“mis parientes”, los llama ella). Elige las palabras cuidadosamente, pronuncia

Paseos de postal. Monasterio de Gregoriou, instalado en el Monte Athos. En la página siguiente, el paseo marítimo y su puzle de cafés con vistas al golfo Termaico.



la palabra “judíos” con una jota suave, en vez de con la contundente jota española, y recuerda que en las casas judías se comía antes “pan de España” (un pastel esponjoso de almendras), “rodanchas” (buñuelos de calabaza), “pastel de kwezo”, “keftikes de poyo” (croquetas de pollo), “dulce de nuez verde” y otras recetas de origen español.

“Ahora solo quedan en Tesalónica unos mil sefardíes”, cuenta la secretaria en tono triste. “Durante la II Guerra Mundial –pone en antecedentes–, en los campos de concentración nazis mataron a unos 45.000, más del 90% de la población judía de Salónica. La generación de mis parientes hablaba el ladino; mi generación solo lo entiende, pero ya no lo habla, o lo habla muy mal. Los jóvenes ya no saben nada de ladino”.

En las distintas salas del museo, inaugurado en 2001, pueden verse lápidas del antiguo cementerio, que era 35 veces más

Hoy solo quedan mil sefardíes en Salónica. Los nazis asesinaron a 45.000, más del 90% de la población judía de la ciudad

grande que el de Praga y que fue destruido por los nazis durante la II Guerra Mundial, fotos antiguas, ropa, objetos de culto, la odiosa estrella amarilla que los nazis obligaban a ponerse a los judíos para marcarlos y las cifras horribles del holocausto, cuando unos 45.000 judíos de Salónica fueron deportados y asesinados en los campos de concentración nazis.

“**TODOS HABLABAN LADINO** antes de la guerra”, prosigue Erica Perahia, invadida por la nostalgia. “Había tantos judíos llegados de España que acabaron por asimilar a los otros. El ladino era la lengua común de Salónica. Por desgracia, el holocausto acabó con todo”.

Recuerda la secretaria del Museo Judío que aún se conservan las viejas canciones ladinas, como aquella que dice: “*A la una yo nací / A las dos m’engrandecí / A las tres tomí amante / A las quatro me kasí...*”, y que can-→



Un 'skater' salta sobre su monopatín con la gigantesca estatua de Alejandro Magno de fondo. "La hicieron enorme para resaltar que era el Magno", explica el arquitecto Phaidon Hadjiantoniou. "Él es el símbolo de Macedonia y de la Salónica helénica". FOTO GENETZAKIS / AGE FOTOSTOCK

→ tantes como David Saltiel han hecho un esfuerzo por popularizarlas, pero insiste en que casi todo se ha perdido. "Mis parientes hablaban ladino entre ellos", apunta con un hilo de voz. "Yo lo aprendí escuchando, pero la generación que fue a los campos nazis ya no quiso que sus hijos lo hablaran. Lo hicieron para que no los reconocieran como judíos, para preservarlos de otro posible holocausto".

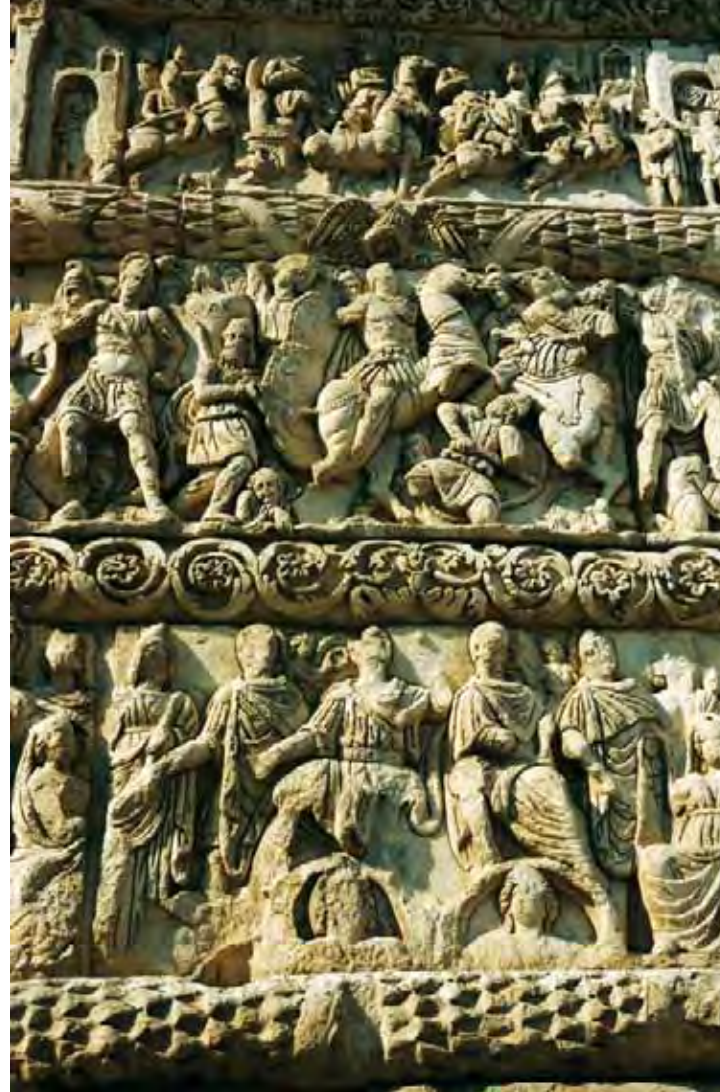
MUCHOS DE LOS JUDÍOS que sobrevivieron a los horrores de la guerra, optaron por no regresar a Salónica, donde sus casas habían sido confiscadas. La mayoría se marcharon a Atenas, Israel o Estados Unidos. "Algunos enviaron al museo objetos que se habían llevado al exilio –indica Perahia–, pero por desgracia se perdieron muchas cosas antiguas en el gran incendio de 1917". Según una vieja canción, el incendio se inició un

*Las mejores vistas se
contemplan desde
el mirador de las
murallas: la ciudad
a los pies y el monte
Olimpo a la derecha*

"día de Sabbath, a la tarde, la horica dando las dos", y acabó destruyendo un 60% del centro de la ciudad.

Sobre la vida de los sefardíes en Salónica, escribe Mark Mazower: "Rezaban en sinagogas que bautizaban según los lugares que habían tenido que abandonar: Hispaniya, Sicilia, Magrebi, Lizbon, Katalan, Evora, Aragón... y muchas otras. Estas sinagogas duraron hasta que fueron destruidas por el incendio de 1917". Cuando le pregunto a Erica Perahia cuál es para ella la pieza más importante que se conserva en el museo, no lo duda: "La estrella amarilla de tela que los nazis obligaban a los judíos a llevar durante la ocupación". Es un pedazo de ropa muy triste por lo que simboliza, pero un objeto importante que marcó el inicio del holocausto y el final de la Salónica judía.

A la salida del museo, paseo por Lakádika, por lo que todavía queda del antiguo barrio



Sobre estas líneas, la cripta de San Demetrio. Cuenta la tradición que el santo se apareció vestido de guerrero en varios asedios a Salónica. Arriba, el mercado, rodeado de restaurantes donde hacer una parada con aroma oriental. A la derecha, detalle del Arco de Triunfo de Galerio.

judío. Las casas y el empedrado de las calles son probablemente los mismos, pero los numerosos bares y restaurantes se encargan de subrayar el cambio de contexto.

Queda muy poco de la Salónica judía, como también de la Salónica otomana. A partir de 1912, y en especial a partir de 1923, cuando llegó el llamado “intercambio”, con el regreso de miles de griegos de Asia Menor y la marcha de miles de turcos a su país, se fue imponiendo en Salónica una profunda helenización que, sin proponérselo, fue borrando los rastros de las otras salónicas que hubo en el pasado y que fascinaron a los viajeros que iban hacia Oriente.

Uno de los edificios que mejor permite visualizar las distintas épocas de la ciudad es la catedral de San Demetrio, fundada como iglesia en el siglo V, convertida en mezquita por los turcos, medio destruida por el incendio de 1917 y restaurada después de la II

Guerra Mundial. En ella se conservan las reliquias del santo que, según la tradición, se apareció vestido de guerrero en varios de los asedios que sufrió Salónica, y en la cripta puede contemplarse todavía la ermita original. “La ciudad fue liberada de los turcos precisamente el día de San Demetrio”, subraya Phaidon, el guía accidental. “Es un santo muy querido aquí, y cada año, durante los meses de septiembre-octubre, se celebra el Festival Demetrio, con muchos actos culturales y festivos por toda la ciudad”.

LA IGLESIA DE SANTA SOFÍA, del siglo VIII, intenta emular, sin conseguirlo, a su homónima de Estambul, mientras que la calle Timiski sigue siendo el eje comercial de la ciudad. Alrededor del mercado, numerosos restaurantes permiten hacer un alto para saborear platos muy influenciados por la cocina oriental, con el *souvlaki* como estrella

y el pequeño restaurante Bombidia como lugar a recomendar.

Para pasear por lo que queda de la Salónica otomana, lo mejor es alejarse del centro y dirigirse al barrio de Kastrá, donde todavía se conservan algunas calles y casas de los viejos tiempos. Desde lo alto, desde el mirador de las murallas, puede contemplarse una de las mejores vistas de Salónica, con la ciudad a los pies, el golfo enfrente y el monte Olimpo, siempre vigilante, a la derecha. “De los 8,5 kilómetros de murallas que había se conservan hoy solo cuatro, con la fortaleza como punto culminante”, apunta el guía Phaidon.

No muy lejos de Salónica quedan las ruinas de Pella, cuna de Alejandro Magno, y la península del Monte Athos, con la veintena de monasterios que guardan las esencias de la cultura bizantina, de un mundo que se resiste a morir en la moderna Salónica. **DOM**